

Breves anotaciones sobre la situación de Barcelona

"El estado es una condición, una cierta relación entre seres humanos, una forma de conducta humana; lo destruimos formando otras relaciones, comportándonos de forma diferente".

Der Todesprediger, Gustav Landauer

El motivo por el cual hacemos esta reflexión, que ha supuesto un parón necesario en nuestra actividad política después de las experiencias vividas en los últimos años, es para hacer autocrítica. A partir de nuestra posición probablemente se sentirán interpelados entes ajenos a las personas que han escrito esta reflexión, pero queremos dejar claro que ante todo es una crítica a nosotros mismos. Necesitábamos pasar cuentas con todas las falsedades que nos impiden construir una perspectiva revolucionaria.

Nuestra intención es avanzar hacia ese horizonte que nunca vamos a alcanzar, llenar la vida de toda la intensidad extirpada, eliminar la anestesia inoculada en lo más profundo de nuestro ser, vivir el proceso dialéctico del conflicto con entusiasmo, recuperar el contenido prepolítico de las costumbres milenarias. Ahora bien, para eso hemos tenido que desaparecer del mundo del activismo y la militancia, respirar, tomar ese tiempo que nunca existe en el ajetreo de la metrópolis, en las continuas asambleas, manifestaciones e intentos de coordinación fallidos. Si una cosa está clara es que allí no hay nada, aparte de frustración o posibilismo, y las estrepitosas derrotas de los últimos años lo demuestran con creces.

En situaciones de confusión generalizada como en la que nos encontramos, podemos situarnos en cualquier punto del viejo continente y veremos la misma ausencia de perspectiva, debates repetidos hasta la saciedad y el sentimiento de sacrificio evaluando la validez de las luchas. El número de policías heridos varía según el país, la confusión sobre qué hacer después de esto nos paraliza a todos por igual. La conclusión siempre es la misma huida hacia adelante y el mismo análisis superficial. Por eso nosotros estamos intentado hacer lo opuesto, ir hacia atrás y hacia el interior, adquirir esa profundidad que al principio aterra, mirar a dentro, a los ojos del enemigo que existe en nosotros mismos, ese monstruo que algunos llamamos lógica mercantil.

A partir de ahora no se nos verá, pero seguimos estando, ahora existimos de otra forma, en la difusión de este mundo líquido estamos construyendo una posición clara. Está siendo difícil, pero si algo tenemos en este momento de la historia es tiempo, las ventanas de oportunidad que algunos hablan, quizás existen si el objetivo es darle un soplo de aire fresco a la bestia herida. Este mundo se hunde – como hizo el universo clásico y las ciudades medievales – y no por una cuestión económica como algunos imbéciles dicen, sino por el colapso de una civilización. Ante esto no podemos hacer más que esbozar una sonrisa en nuestra cara, nosotros no seremos el freno de mano a esta decadencia, no vamos a participar en esta agonía, no queremos esto, ya que nos daña, nos hace débiles y nos separa.

El tiempo que podemos tomar para entendernos y entender al enemigo nunca es suficiente, es un proceso que siempre contiene una fracción de oscuridad pendiente de desvelar, pero en la actual dictadura de la inmediatez esta tarea siempre se contrae, se desvanece ante obligaciones supuestamente más importantes que nos distancian de esta sabiduría. Los pocos que se han librado de esta impaciencia, sabiendo dejar la pereza de estudiar a un lado – los intelectuales –, acumulan los conocimientos en las estanterías de su cabeza y rellenan volúmenes enteros sobre sus teorías, con el máximo propósito de discutirlo en una conferencia académica. Por eso, decimos que adquirir conocimientos sin convertirlos en habilidades para llevarlas a la práctica sólo sirve para conseguir la cátedra de alguna universidad posmoderna, para desarrollar este tipo de conocimiento neutralizado que nunca se materializa. Esta teoría que nunca se experimenta, únicamente expresada cínicamente en debates estériles sobre cómo condicionar vidas ajenas, sigue disociando la vida en dos elementos diferentes que nunca se encuentran. Estos elementos sólo existen – y por tanto se crean – cuando se renuncia a la unidad de la existencia.

No hay nada que defender colectivamente si antes no lo hemos construido en común, y creemos que esta afirmación habría que responder la incesante pregunta de los activistas de porque la gente – ese ente abstracto que todo el mundo usa para referirse a los individuos alienados, que paradójicamente nunca incluyen al que la nombra – no comparte sus luchas y propósitos. Si el proyecto de vida construido se evalúa a partir de la capacidad de consumo individual, incluso ni que éstos individuos compartan una proximidad física, la respuesta a la desposesión – física o espiritual – inevitablemente estará mutilada de cualquier identificación comuna y se reducirá a la intimidad de cada uno. Tratar de juntar esta nube de individuos atomizados, es como tratar de juntar los órganos de un cadáver descuartizado y luego preguntarse porque no respira.

La consecuencia, se resume en intentar incidir en la vida de los demás siempre des de una distancia calculada, ya sea des del gobierno o des de un ateneo libertario, consolidando el aislamiento y la lejanía entre esas personas que acuden pidiendo ayuda y los activistas. La secuelas reproducen la misma lógica que en cualquier intercambio mercantil, unos piden ayuda ante su desahucio de la misma forma que cuando acudieron al banco a obtener la hipoteca, es decir, conciben que están consumiendo un servicio, utilizan las ventajas que proporciona éste. Los otros se sienten desconcertados porque siempre terminan solos, abandonados a la primera de cambio, después de proporcionar el apoyo necesario.

Renunciamos a que siga pasando esto, a que nuestros espacios sigan funcionando como puntos de ocio, como hacen los centros cívicos en cada barrio, haciendo charlas y talleres. Dónde nada de lo que transcurre allí instituya un vínculo mayor en la vida de las personas que han participado de la que puede representar ir el sábado a la discoteca o al cine. Algunos achacarán a estas afirmaciones falta de empatía, pero es lo opuesto, entendemos que los sentimientos sirven para enlazarlos a personas con las que tenemos voluntad de compartir nuestra existencia. Queremos vincularnos de otra forma a nuestro alrededor y a nosotros mismos, desarrollar relaciones que nos permitan expresarnos con sinceridad, sentir la tierra dónde

hemos crecido como una extremidad más de nuestro cuerpo. Construir estructuras que nos permitan autoabastecernos al máximo, para acrecentar nuestra autonomía y compartirla.

Esto nos conduce a desechar el eterno debate, cada día más irreal, entre revolucionarios sobre qué hacer con el Estado. La máquina que durante algunos siglos ha llevado las riendas de la historia se está descomponiendo ante el imperio de la mercancía. Ni los marxistas van a estar a tiempo de utilizarla para llevarnos al paraíso terrenal, ni los anarquistas van a disfrutar del paraíso terrenal que aparecería como condición sine qua non de la desaparición del estado. El Estado se está desmoronando gracias a aquellos que un día lo auparon, y resulta que al final sus sepultureros no son sus históricos antagonistas, sino las mentes pensantes de Davos. Mientras tanto, la lógica del intercambio se está interiorizando más que nunca, y esto lo saben los cerebros de Silicon Valley. Son astutos, esperan su momento.

Pero el entierro no va a ser fiesta, como nuestras viejos compañeros deseaban, más que al entierro de The Notorius B.I.G. se va a parecer al entierro de Laza y Zabala. Sus últimos coletazos van a ser duros, no hay nada más fiero que un toro bravo cuando ve que la muerte se acerca, y el Estado de excepción que se está articulando entre nosotros es el rasgo que lo determina. Los demócratas seguirán indignándose, acudiendo al parlamento con sus mociones, al Tribunal Europeo de los Derechos Humanos con sus denuncias y a las ONG con sus donaciones. Han tomado una posición, y lo tenemos más claro nosotros que ellos mismos, dar las últimas curas al enfermo terminal. Ante su inoperante indignación, como muchos compañeros han hecho antes, nosotros decidimos dar un paso al frente, desertar de los estériles canales democráticos, es decir, organizarnos.

La guerra civil necesaria para imponer el nuevo paradigma está en marcha, el gobierno lo sabe, la policía lo sabe, el ejército lo sabe, ahora solo falta que nosotros lo sepamos. El frío hielo que paraliza nuestras vidas se derretirá en el momento en que aceptemos nuestra posición antagonista en el conflicto por la vida, nacerá un fuego que encenderá corazones y sucursales bancarias por igual. El conflicto puesto en marcha para imponer la nueva etapa parece sutil, pero adquiere diferentes grados de intensidad en función de la geografía y el tiempo. Los asesinatos orquestados por cualquier servicio secreto estatal y las multas por cualquier acción de desobediencia civil obedecen al mismo proyecto. Únicamente la respuesta asume niveles de intensidad diferentes en función de la potencial peligrosidad del enemigo, ya que aquí ya todos somos enemigos. En los países que llevan la delantera en el desarrollo capitalista, como puede ser Reino Unido, sus empresas – dejando la corrección británica a un lado – ponen GPS a los trabajadores que reparten octavillas a pie e instalan cámaras vigilando cada movimiento de los camareros de un pub. En los próximos años vamos a dejar de ver gente trabajando de cajeros en los supermercados, ya sólo habrá cámaras y personal de seguridad. El enemigo no duda en llevar a cabo su modus operandi, el control social se extiende hasta límites insospechados, la política está adquiriendo una dimensión partisana otra vez.

Los ideólogos de este control – los cibernéticos – nunca habían sonreído tanto como últimamente, el proyecto de mundo en red, esterilizado y aséptico está avanzado tan rápido

como la idea de que internet es indispensable para vivir. Sus deseos de control y organización se cumplen mientras nosotros creemos que el problema de Facebook es solo como lo usas, que el contenido depende de lo que tu compartes y que no pasa nada si almacenan nuestros datos si en realidad no estamos haciendo nada malo. La nueva religión avanza, y consagra la obediencia bovinamente, más pronto que tarde la inquisición empezará a encender sus hogueras.

Éste énfasis en el control demuestra la debilidad de este mundo. Una vez más, como ya ha ocurrido tantas otras veces en la historia, la civilización se hunde, la tendencia a la estandarización y la uniformidad que se contempla en cada deseo de aparentar ser diferente confirma esta decadencia. La situación actual, se parece más a la caída del Imperio Romano de Occidente que a la enésima crisis del capitalismo. El proceso hegemónico que durante tanto tiempo ha integrado a la disidencia hace aguas, cada día su capacidad de agregación es menor, el histórico catalizador entre movimiento obrero y capitalismo, la socialdemocracia, ha muerto y en su cuerpo están apareciendo los primeros gusanos, eso que nosotros llamamos la nueva izquierda. Los bárbaros que acechaban Roma vuelven, pero con otro nombre, ahora se llaman refugiados.

Aquel capitalismo preñado de socialismo del que tanto hemos oído hablar – la profecía cuasicristiana de que el desarrollo de las fuerzas productivas nos conduciría a una nueva sociedad – hace años que se ha convertido en aborto forzado, pero el embarazo psicológico todavía sigue en algunas partes. Ya nada garantiza que la transición que estamos viviendo nos lleve a algo mejor, todo dependerá de nuestra audacia en algunos momentos clave. La violencia está aumentando, cada día está más privatizada, solo el Estado y las grandes corporaciones se han ganado la legitimidad de utilizarla, mientras nosotros seguimos sin aceptar nuestras últimas derrotas. Recuperar esa legitimidad, no por reconocimiento del enemigo, sino por el sentimiento fraternal de que nuestra potencia crece es imprescindible. Únicamente la claridad del conocimiento puede desechar el moralismo y en su lugar adquirir una dimensión estratégica para invertir la situación, construir una perspectiva de victoria.

Mientras esto no ocurre los golpes no cesan, los que han decidido constituirse como sujetos revolucionarios están recibiendo una ráfaga de puñetazos desde todos los ángulos posibles. En el cuadrilátero solo hay sangre de un boxeador. La legalidad es algo que ya ha pasado a la historia, el Estado de excepción quebranta las leyes en función de la situación, denunciar esto como ilegalidades significa creer que todavía hay soluciones democráticas. Tenemos que convertir nuestro entorno en algo opaco, en el cual la visión del poder no pueda penetrar, dónde no entienda como golpear sin reducirlo todo a cenizas. Los disturbios contra la inauguración de la nueva sede del BCE en Frankfurt no tienen la misma respuesta que una marcha antigubernamental en El Cairo, los teóricos de la contrainsurrección lo saben. En las áreas dónde se valoriza más capital la fuerza tiene que ser más sutil, más quirúrgica, aquí no podrán jugar al ajedrez con guantes de boxeo como hacen en Oriente Medio, por lo menos en los próximos años.

La complejidad del sistema lo debilita, los puntos débiles existen, pero cada día tienen menos forma de parlamento, ninguna ciudad de Occidente puede resistir a un corte eléctrico prolongado. Nuestra tarea será mantener las estructuras de abastecimiento sumergidas para aparecer en estas situaciones como un bloque de vivencias, enaltecer la belleza indomable que puebla estos instantes inolvidables. Ahora mismo, sólo la tranquilidad y la claridad nos pueden ayudar. La desesperación y la impaciencia están llenando las cárceles de compañeros con una determinación indiscutible, pero no solo con esto se vence. Creemos que es un error actuar para sentir que estamos haciendo algo para derrocar el sistema sabiendo de antemano que fracasará, ir a dormir con la conciencia tranquila de que estamos luchando es un claro reflejo del pensamiento de la derrota. Nunca más resignación en nuestras vidas, nunca más autocomplacencia, su principal victoria ha sido hacernos creer que no hay alternativa. Ante eso no podemos hacer más que convertir el nihilismo en rabia de vivir. Los momentos aparecerán, esto es indudable, la pregunta es si nosotros estaremos preparados, si habremos aprendido de la imprescindible tarea realizada por los Comités de defensa durante los años treinta.

Nunca ninguna fuerza de esta magnitud se ha constituido a partir de la nada, nutrirse de puntos de apoyo y echar raíces allí donde habitas te protege, no es una estrategia para vencer sino una necesidad para vivir. El proceso de transición es largo, tan largo que nunca va a terminar, y esto nos alivia, la idea teológica de que un día llegará el paraíso, o comunismo o anarquía o como se le quiera llamar, nos parece cada día más una broma bizarra. Para nosotros el comunismo no es un fin, sino un proceso de transición constante, que aparece en infinidad de instantes donde existe una puesta en común fuera de la lógica mercantil. ¿Y qué es la puesta en común fuera de la lógica mercantil? Pues el sexo que no se entiende como un intercambio de orgasmos, sino la sensación de conexión que aparece cuando miradas y cuerpos se atraviesan en un abismo de emociones, abstrayéndose del miedo al resultado o de estar a la altura de las circunstancias, cuando almas se penetran en lo profundo del individuo para mezclarse en la inmensidad del placer. Noches sin dormir haciendo asambleas interminables para preparar una huelga o un sabotaje, el nerviosismo que se palpa en el ambiente antes de un ataque, las apasionantes miradas que duran unos pocos segundos pero que se graban en las entrañas cuando un compañero te protege en una carga policial. El olor a tierra labrada después de una mañana de trabajo conjunto en el campo, las chapuzas hechas en cualquier casa para convertirla en un espacio habitable, todo el tiempo utilizado para cocinar y comer con las personas que quieres. Poblar este mundo de situaciones de esta magnitud es un ataque frontal a los cimientos del sistema, indudablemente más efectivo que decirle fascista a Inda o Marhuenda en Al Rojo Vivo.

El oenegerismo que ha inundado durante los últimos años los proyectos políticos llevados a cabo en Barcelona por contra, sigue cimentando el imperio, demuestra una abrumadora ausencia de radicalidad, de ir a la raíz de la cuestión. Crear redes de alimentación o de vivienda que se dedican a proveer de comida reciclada y de okupar casas a personas ajenas, mientras las personas que impulsan las redes compran la comida en el supermercado y pagan el alquiler, es como trabajar en el Mc Donalds y no comer las hamburguesas que vendes, porque sabes que

son una porquería – con esto no estamos haciendo una oda a la miseria, nos es indiferente que medios utilizar si así adquirimos autonomía –. Como continuación de esto se repite la incesante pregunta acompañada de una gran decepción: ¿Por qué la gente nos utiliza y luego se olvida de nosotros? Que se puede contestar con otra pregunta: ¿Por qué nosotros no utilizamos todos estos conocimientos y herramientas para solucionar la infinidad de problemas de ausencia de autonomía de nuestra vida? Crear polos compactos dónde participas en la toma de decisiones y en la puesta en práctica fortalece las relaciones, crea la comunidad que magnetiza a su alrededor con su potencialidad. Dicho de otro modo, en lugar de dedicarnos a organizar eventos culturales para todos los públicos – como hace l’Ajuntament de Barcelona –, repartir comida – como hace Cáritas o el Banco de Alimentos – y trabajar como agentes inmobiliarios, porque no utilizamos todas estas técnicas para crear extensas redes que nos permiten acrecentar nuestra independencia de la sociedad mercantil. Nada más ni nada menos, de lo que existía en cualquier población catalana de principio de siglo, la infinidad de cooperativas de consumo, casas del pueblo y tierras trabajadas comunalmente. Por tanto, buscamos construir nuestra alternativa a partir de las experiencias de vida cotidiana conjuntas, más que por el intento de seducción de personas ajenas a partir de hipotéticos planteamientos políticos escindidos de la vida vivida. Esto es lo que no distingue el objetivo del PSOE y de cualquier anarquista, los dos te tratan de convencer a partir de las palabras que su ideología es la correcta. No entienden la transformación de la sociedad como un camino en el cual sólo la práctica revolucionaria puede generar un cambio en la autoconsciencia del individuo, están anclados en el idealismo alemán del final de siglo XIX – los segundos probablemente sin saberlo – que entendía que un cambio de conciencia en los individuos cambiaría las condiciones materiales. Como consecuencia de esto decimos, que nuestra revolución tiene que ser primeramente antropológica, un cambio abismal en las relaciones que nos sostienen.

Entonces, este razonamiento nos ayuda a entender que la metamorfosis antropológica sufrida a partir de una praxis que es capaz de suprimir y superar las condiciones existentes no sólo provoca una convulsión externa en el mundo, sino que además provoca un terremoto interior de sensaciones. El aumento cualitativo que se experimenta en la apuesta por llenar la vida de vida, deviene en un cúmulo de intensidades aterradoras que destruyen en mil pedazos la monotonía global. Decimos aterradoras porque en un primer momento lo son, la rotura del encefalograma plano que satura nuestra cotidianeidad es sucedido de un resurgimiento de sensibilidad que hace que el mundo interactúe con nosotros de una forma más poderosa. Abre los sentidos al flujo de situaciones que nos rodean, es decir, nos hace asimilar lo que sucede en nuestro interior de una forma más aguda. Este incremento de sensibilidad aumenta el amor por lo que nos gusta, nos traslada a un estado de conocimiento dónde somos capaces de saber lo que queremos y por tanto defenderlo con uñas y dientes respecto a aquello que nos daña, el placer experimentado es exponencialmente mayor, pero también lo es el daño que nos infringe la lógica capitalista.

Cuándo todo esto sucede, hay una salida en tromba de la normalidad aparente, es el momento en que se empieza a entender todas las cosas que antes nos parecían locuras, brigadistas

internacionales viajando desde todo el mundo para participar en la Guerra Civil, los esclavos de Carolina del Sur tratando de incendiar la ciudad de Charleston – la sexta mayor ciudad de la época – como preludio de una insurrección, el partisano Filipovic gritando “Muerte al fascismo y viva la libertad” con una soga al cuello segundos antes de morir, la banda Bonnot arrancando carcajadas con sus atracos o jóvenes griegos de 15 años vaciando cantidades ingentes de cócteles molotov sobre la policía. Estas situaciones dislocan la escisión permanente entre los diferentes ámbitos de la vida, rompen con el miedo a perder la vida porque te das cuenta que es en estas situaciones únicamente cuándo la estás ganando, cuándo se hecha a la basura de la historia la vieja consigna de hacer la revolución y se es la revolución. El tiempo se vuelve elástico, se deforma, aumenta en algunos instantes y disminuye en otros, adquiere aquella cualidad de la física que dice que es relativo, vidas como la de Marius Jacob o Jack Kerouac lo prueban sobradamente. La gran carencia de todo esto supone que la revolución no debe ser la ambrosia de algunos, sino que se tiene que transformar en la fuerza indomesticable que inunde los corazones de todos.

Este camino es lento y no aporta los honores necesarios para aquellos que quieren salir en los libros de historia, tampoco cotiza al alza en el mundo de la dictadura del prestigio, ni se puede mercantilizar para convertir esta lucha en un producto y después consumirlo como una canción de punk. Esto nos hace tener la grata sospecha que todos los arribistas con ansias de gloria, aquellos que únicamente buscan ascender en la jerarquía social mediante la lucha, como puede hacerlo un militante de Revolta Global, de una vez por todas nos dejarán tranquilos. La fuerza que queremos construir tiene que romper con la pesada losa del masoquismo, dejar de considerar que es proporcional el sacrificio realizado al valor de la lucha. Este tipo de consideraciones destruyen el presente y lo convierten en un tiempo prisionero incapaz de superar el pasado y alcanzar el futuro, un martirio dónde no se disfruta de nada suficientemente porque hay un objetivo a alcanzar – nadie sabe cómo materializarlo concretamente – que invertirá todas las experiencias vividas.

Las viejas estructuras que antes canalizaban esta ansia de transformación, los partidos y los sindicatos, se están descomponiendo a pasos agigantados, han adquirido semejante distancia de la población que ya ningún plebeyo piensa que estos engendros burocráticos puedan ser una herramienta útil para mejorarle la vida. La situación histórica tiene similitudes con los años alrededor del New Deal en Estados Unidos – aquí los gobiernos todavía no han empezado los programas de estímulo, pero los oligarcas del BCE cada día tienen más claro que es la única solución para salvar los muebles, por lo menos temporalmente –, en el sentido que las organizaciones políticas y sindicales se reducen a cumplir el papel de sostenedores del sistema, administrando las cuotas de trabajo, estableciendo los canales de negociación y frenando a las expresiones más radicales de disconformidad. No es algo nuevo, la reaccionaria American Labor Federation – sindicato mayoritario de EE.UU. en la época – se hartó de boicotear huelgas y negociaciones que no pasaran por la estructura del sindicato. Magistralmente, Howard Zinn describe – en *A People’s History of United States* – como con unos sindicatos legalizados y con el monopolio de la interlocución política, las consignas insurreccionales de

los trabajadores se redujeron a pequeñas mejoras de contratos, negociaciones y reconocimiento de los propios sindicatos, que únicamente sirvieron para estabilizar la nueva fase capitalista naciente.

Es más, demuestra con bellos ejemplos como en Flint, Michigan, durante cuarenta días, dos mil trabajadores en huelga pusieron la ciudad en situación de guerra, suplieron la ausencia de Estado organizando comedores, el servicio postal, actividades culturales, un hospital improvisado y clases gratuitas hechas por los estudiantes graduados de la Universidad de Michigan. En la batalla decisiva de la huelga, cinco mil trabajadores armados expulsaron a la policía. Después de la victoria, un trabajador decía: “The guys with me became my buddies”. Estas insurrecciones colectivas se vieron desactivadas con la aprobación National Labor Relations Act – acotando cualquier tipo de conflicto dentro del paraguas de sindicato – que desarticulaba de facto la enorme influencia que habían tenido los trabajadores autorganizados en los últimos años. Allí es donde queremos llegar, en todo este tipo de situaciones que tejen realidades paralelas, vínculos que superan con creces a los que se establecen a partir de estatutos, solidaridades inmanentes entrelazadas a partir de experiencias colectivas. No hay estatuto o reglamento que genere un lazo más fuerte que el que se erige como consecuencia de la vida comuna, para hacer la revolución es imprescindible ser amigos. En definitiva, esto revela que a partir de ahora el único instrumento capaz de desencadenar una revolución ha dejado de ser el partido o sindicato para convertirse en la comuna.

Con esto, optamos por entender nuestra posición como un choque de fuerzas opuestas, del cual nace el movimiento constituyente de la esencia de nuestro ser, oponiéndose a ideologías acabadas, completamente definidas. Las ideas, son cómo los ríos, cuándo se estancan mueren. Creer que nuestros planteamientos son moralmente superiores, que se tienen que enseñar a las masas incultas que todavía no los han descubierto, mientras viven en un mundo de engaño y desconocimiento, muestra un desprecio brutal, una relación fundamentada en la caridad. Simboliza aquella mala conciencia católica de cuidar a los débiles des de la responsabilidad de la superioridad moral, nunca desde la solidaridad entre iguales, estratificando la inoperancia de nuestro devenir. Así, se perpetúa una dialéctica asimétrica dónde hay unos sujetos activos que se encargan de transmitir conocimientos, deseos, frustraciones y unos pasivos que los asimilan, aceptan, reproducen. No pensamos que sea una cuestión de tener razón, más bien al contrario, es una cuestión de partir del dolor, de todas la miserias que están ocultas y nos carcomen, dedicar el tiempo para conocerlas y enfrentarse a ellas, actuar con valentía para ir superándolas una tras otra. Llevar a la práctica todos aquellos deseos que están en el interior, que tenemos vergüenza de expresar por el miedo al rechazo, adquirir confianza en uno mismo. No sabemos a dónde nos va a llevar esta elección, pero este despertar salvaje ha supuesto dejarlo todo, ha brotado en nuestro ser la intensidad más fuerte que nunca hemos sentido y se convertido de alguna forma en nuestro camino, nuestra verdad. Esto invierte las condiciones del proceso en el cuál se sufre cualquier penuria para alcanzar un objetivo para convertir el propio proceso en la máxima alegría de vivir, una felicidad sin la que no se puede continuar, el placer de vivir luchando.

Las experiencias de los últimos años han sido la causa de esta ansia de conocernos, de adquirir esa sensibilidad para poder contemplar todos los hechos minúsculos que suceden día a día en estos no-sitios donde transcurre nuestra vida y también por supuesto de conocer al enemigo que nos envuelve. Ha sido una etapa convulsa, llena de debates, de intentos de coordinación y de experiencias organizativas, pero la vitalidad ha desaparecido, los movimientos muestran un cansancio decadente, un fuerte estancamiento.

La alegría que pobló el 15-M y se extendió por algún tiempo en los corazones de muchas personas inevitablemente acabó desvaneciéndose, la ausencia de perspectiva lo condenó, no puede salir nada de un sitio que previamente no este potencialmente. Los deseos democráticos de la mayoría no podían concluir en nada más de lo que han concluido, partidos políticos con voluntad de regeneración, ese es su clímax. Querer más es como pensar que la revolución rusa de 1905 terminaría en establecimiento del socialismo estatal. Por esa razón queremos decir que carece de sentido desear que el movimiento de los indignados hiciera más de lo que materialmente consiguió, pero una cosa sí que nos quedamos de él, la puesta en común que se materializo en algunas plazas. Las huelgas de los años 2010 y 2012, así como la revuelta ante el desalojo de Can Vies mostraron enormes posibilidades, aparte de la puesta en común anteriormente dicha, la capacidad de poner en jaque a una enorme metrópolis con toda su policía. De todas formas, la duda existencial era la misma: ¿Y después que todo arda qué? Desenredar este punto crucial, esclarecer esta meridiana confusión de cualquier tentativa insurreccional es lo que vamos a intentar. Puesto que, con la cantidad de gente que hay a día de hoy involucrada en el derrocamiento de este mundo, cuándo alguien le empiece a dar en el clavo vamos a avanzar vertiginosamente. En breve, haremos nuestra humilde aportación para tratar de conseguirlo.

Hasta pronto.

Abril de 2016, Barcelona